

que no seas responsable nunca en la historia de nuevos cesarismos;» y á los desesperados, á esos que viendo nuestros males creen que el remedio es imposible; «contemplad, les diremos, los tiempos que hemos presentado á vuestros ojos; en el seno de aquella sociedad existían los mártires del Cristianismo que iban á regenerar el mundo, á renovar el espíritu; no caigais, pues, en abatimiento; si la tierra oscila bajo vuestras plantas como combatida por los huracanes, buscad sin duda nuevos derroteros en su carrera triunfal por el espacio; si la noche os rodea, acordaos que el sol no tardará en renacer á vuestros ojos, y sobre todo, no olvideis nunca que Dios preside á todo el movimiento de la naturaleza, á toda la rotacion de la historia, y Dios manda siempre la lluvia de una nueva vida al mundo, y á la conciencia las salvadoras ideas que han de ser la brillante aureola de nuestro dichoso porvenir». — He dicho. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

EL CRISTIANISMO Y EL ORIENTE.

LECCION QUINTA.

SEÑORES :

En mis anteriores lecciones, gracias á la benevolencia del público, cuya amistad nunca agradeceré bastante, bosquejé el cuadro del Imperio. Para conservar las eternas armonías de la historia, la cadencia de los siglos, necesito convertir los ojos á la nueva idea que en aquella sazón descendía del cielo. Esta nueva idea es el Cristianismo. Pero habiendo tratado ya con la extension compatible en el estrecho círculo donde puedo encerrarme, de los precedentes históricos y religiosos del Cristianismo, voy á tratar en esta noche de la religion del espíritu y de Dios, frente á frente de la religion del sentido y de la naturaleza. Y digo esto, porque voy á presentar, contra la general costumbre de los historiadores, el Cristianismo

frente á frente de las religiones orientales; pues así resaltan con luz más vivida y más nueva á nuestros humanos ojos sus divinos dogmas. Yo no puedo acercarme al Oriente, á ese templo de las revelaciones y de los misterios, sin sentirme pasmado y confuso; el eco de sus cánticos, el olor suave del sacrificio, en que arden las esencias de todos los séres, la vista de sus dioses cubiertos de piedras preciosas arrancadas á las entrañas de la tierra y de perlas nacidas entre las algas de los mares, ofuscan mi vista y embargan mi pensamiento. Pero yo, entre los templos gigantescos de Oriente, entre sus apiñados altares, entre sus mil ídolos de oro, de plata, de bronce; en sus umbrosos bosques, donde crece en el celeste lago el hermoso Lotho, y se arrastra entre flores la simbólica tornasolada serpiente; entre sus generaciones de sacerdotes arrobados en la meditacion y en el éxtasis, no busco ese dios inmenso, multiforme, que vive produciendo y devorando y rumiando séres, que se goza en respirar el vapor de sangre exhalado por el ara del sacrificio, que toma todas las formas desde la de tigre hasta la de hombre, que se viste con todos los colores, desde el opaco tinte de las negras nubes hasta el desvanecido azul del claro cielo, que consume todas las sustancias, desde la ardiente lava, que hierve en las entrañas de los volcanes, hasta la petrificada nieve que corona la cima de las montañas; no

busco de ninguna suerte ese dios, cuyo aliento lleno de vida me emponzoña como si fuera el hálito de la muerte; busco la Cruz, ese afrentoso suplicio, del cual pende un moribundo, cuyo último suspiro me refrigera y renueva mi sangre, como si fuese el aliento de la vida; la Cruz, fuente inagotable de esperanza, sol siempre fijo en los horizontes de nuestra existencia; que todos hemos visto al abrir los ojos á la luz de la vida en la cabeza de nuestra cuna al par de la dulce sonrisa de nuestras madres; que todos invocamos en las grandes tribulaciones y dolores, pues á medida que crece nuestro espíritu y vemos esta Cruz divina extenderse, crecer, cobijar todas las frentes; á medida que estudiamos los siglos, y vemos todos los poderes huir como sombras, y todas las civilizaciones anegarse, y esa Cruz divina flotar en todos los naufragios, exclareciendo á los filósofos, inspirando á los poetas, ejerciendo santa maternidad en nuestro espíritu; á medida que crece nuestra razon y vemos crecer tambien esa Cruz divina á nuestros ojos, se afirma incontrastablemente en el ánimo la creencia nunca oscurecida ni eclipsada en el mio, de que esa Cruz es el árbol de la eterna vida, que con sus flores perfuma de virtudes nuestro sér, y con sus frutos alimenta nuestro pensamiento, fortifica nuestras facultades, y sobre todas nuestras facultades, señores, la grandiosa libertad de nuestro

espíritu. (Estrepitosos y prolongados aplausos.)

Yo no puedo comprender, señores, cómo una escuela ha querido borrar la religion de entre las grandes necesidades de nuestro espíritu. Hay dos verdades, que son como los dos polos del mundo moral, Dios y el hombre. Dios no existe en nuestro espíritu sino mediante la religion; el hombre no existe en la naturaleza sino mediante la libertad. La supresion de la idea religiosa lleva consigo la supresion de Dios; la supresion de la libertad lleva consigo la supresion del hombre. De la negacion de la criatura, nada más fácil que subir á la negacion del Criador; de la negacion del Criador, nada más fácil que caer en la negacion de la criatura. Cuando se niega la libertad, el hombre desaparece. Incapaz de ser dueño de sus acciones, ni el crimen puede ser en él castigado ni la virtud premiada. Cuando se niega la religion, Dios desaparece. Encerrado en el desierto cielo, dentro de su naturaleza, sin revelarse á la humanidad, Dios se asemeja á un tirano orgulloso, que solo se goza en completar su poder. Por eso las escuelas que parecen más contrarias se unen por el lazo del error, se confunden necesariamente en las negras tinieblas. De suerte, señores, que la escuela fatalista que niega la libertad y la escuela materialista que niega la religion, se unen y se confunden, dando un mismo resultado, sobre la negra boca de pavorosos abismos.

Por eso, yo reconozco la necesidad de la religion. Siempre el hombre aspira á lo infinito; la tierra que le rodea le parece estrecha cárcel y el tiempo una cadena que arrastra á sus plantas, y que le sujeta y que no le deja caminar á su patria; el abismo que hay en el fondo del corazon, ese abismo que no llena ni todo el poder, ni todo el amor, ni toda la gloria concedida á su ambicion; esta sed infinita de verdad, que no sacia toda la ciencia humana; este ideal de bondad, que nunca vemos realizado en el espacio; este amor á la hermosura que no han satisfecho nunca la lira de todos los poetas, el genio de todas las artes, las páginas de la literatura universal; este deseo de otro mundo mejor que nos asalta cuando presentamos los más hermosos espectáculos de la naturaleza, delante del mar en calma inundado por la luz de la luna, en presencia del cielo cargado de estrellas; la certeza en que descansamos de que la muerte, esa negra muerte, es una trasformacion gloriosa de la vida en que nuestra alma sacude el sueño y vuela en pos de lo infinito; el deseo de la inmortalidad que anida en todos los hombres, que lleva al labrador á plantar el árbol á cuya sombra descansará, no él ni sus hijos, sino las venideras generaciones, y al filósofo á derramar las nuevas ideas que han de ser su martirio y su desgracia, y la felicidad de edades aún porvenir; esa tristeza que hay siempre en el fondo de la copa de todos

los placeres, aún los más grandes, aún los más puros: esta tendencia ciega de nuestro espíritu, de nuestra razón, á poner todas las ideas en lo absoluto y lo absoluto en Dios; esta tendencia de nuestra imaginación á levantar templos donde refugiarse de la tempestad como el ave en su nido; todo esto que sentimos todos, que todos pensamos, porque todos nos reconocemos desterrados, porque todos guardamos el recuerdo y la esperanza de una patria que se oculta en el cielo; todo esto, si fuera mentira, si fuera nada más que un tormento inútil, si ese cielo estuviera vacío, si este nuestro amor á lo infinito fuera un engaño, un engendro fantástico de nuestra calenturienta imaginación, sería Dios el más injusto de los seres, y el hombre el más desgraciado, más que el pólipo, más que la piedra inerte y fría, que si no goza, no padece; sería el hombre como esos viajeros que caminan por el desierto, abrasados de sed, sin tener ni un árbol, ni una fuente, y á cuyos ojos los rayos del sol, enardeciendo el aire, fingen lagos y ríos frescos, lagos y ríos que al tocarlos se desvanecen y se alejan y se burlan de su deseo, y aguijonean su sed, hasta que mueren abrasados, renegando de su infeliz destino; sí, señores, sería el hombre el más desgraciado de todos los seres, y el arte y la ciencia dones funestos, y moriría renegando de su grandeza, y maldiciendo de Dios, lo que no sucederá nunca, pues cuando

sacudimos los velos que nos envuelven, hallamos en la celeste eternidad el espacio de nuestra alma, el centro donde se perderá como el arroyo en el río, y el río en la mar, la impetuosa corriente de nuestra breve vida. (Estrepitosos aplausos.)

La religión es una de las necesidades del espíritu. Y si la religión es necesidad de nuestro espíritu, ninguna religión puede presentar tantos títulos al culto de los hombres, por sus dogmas sociales y por su divino origen, como la religión que nosotros profesamos.

Algunos han creído, señores, y en mi sentir con mal consejo, que una religión se limita sólo á regular las relaciones entre el hombre y Dios. Yo no tengo esta idea de la religión. Creo que toda idea religiosa ejerce una influencia mental ó científica, una influencia moral, una influencia social. Creo, señores, que dentro del espíritu de los dogmas de una religión se encuentra una gran ciencia, que dentro de sus códigos hay una gran ley de vida práctica, y que ó esa verdad religiosa ó esa verdad moral han de ser una abstracción, un principio sin sentido, ó han de resolverse en grandes leyes prácticas, consecuencia lógica de su doctrina. Un detenido estudio de toda filosofía había de darnos una fórmula política, una gran fórmula social. La filosofía, que parece tan abstracta y superior á la realidad, se encarna siempre en grandes hechos. ¿Y no ha de suceder lo

mismo con la religion? La religion tiene dos lados, uno que mira al cielo, otro que mira á la tierra. Sus verdades divinas están enlazadas con sus verdades morales; y sus verdades morales enlazadas tambien con sus verdades sociales. Y hé aquí, señores, por que siendo como es el objeto de mis lecciones no la religion sino la civilizacion, yo no puedo prescindir de estudiar el ideal religioso para comprender las consecuencias que de esta verdad abstracta van á conducirse en el mundo práctico, en la esfera de los hechos. Suponed por un instante un hombre con una razon superior, ideal, con la razon de Newton unida á la de Hegel, á la de Platon, á la de San Agustin; suponed un hombre de toda esta alta inteligencia, pero al mismo tiempo arrancadle la voluntad, ¿qué seria ese hombre? Pues cabalmente eso mismo es una verdad religiosa, que al par es una verdad social. El panteismo materialista de la India engendró las castas, el dualismo persa la aristocracia guerrera; el Hércules de los fenicios fué comerciante; magos eran los dioses de la maga Babilonia; el individualismo de las divinidades griegas engendró aquellas repúblicas individuales tambien; los plebeyos tenian en Roma unos dioses y otros dioses los patricios; la filosofía estóica, ciencia abstracta, engendró el derecho romano, ciencia práctica; y el Cristianismo, la última, la más perfecta, la religion divina, el Cristianismo, que

es inagotable, ¿no ha de tener tambien su verdad social, su gran verdad política? A esto contestará toda nuestra leccion de hoy.

Vamos, pues, á examinar el Cristianismo frente á frente de las religiones orientales. Empecemos por examinar la vida de Jesús, en la cual se ve que así como todas las religiones habian sido hechas para los poderosos y los fuertes, el Cristianismo fué para todos los hombres y principalmente para los humildes y los débiles. Hijo de Dios invisible y de madre visible; reconciliando en su persona la humanidad y el Eterno; nacido en un establo como para santificar al humilde; criado en casa de un artesano y sujeto á la ley del trabajo, sin duda para divinizar esa fuente misteriosa de la vida; reuniendo alrededor de su cuna al poderoso rey y al pobre pastor, como para simbolizar que á sus plantas van á morir las bárbaras castas y van á unirse en la igualdad religiosa y moral todos los hombres; perseguido en su niñez por el tirano de su pueblo, que comprende con el instinto que Dios ha puesto en todas las fieras, que aquel niño va á traer la libertad y á desarmar la tiranía; condenando á los fariseos, á los falsos sacerdotes de la antigua ley, pegados á la tierra, que vivian solo para dominar; llenos de sensualismo y de vicios, postrados ante el César; que manchaban con sus manos cubiertas de asquerosa lepra moral el santuario; sepulcros blan-

queados que solo encierran en sus entrañas podredumbre y muerte: llamando á su alrededor al esclavo, al desvalido, al ignorante para abrirles todos los tesoros de su doctrina, y entregar el mundo á su fé; todo misericordioso, todo amorosísimo, alimentando al pueblo con sus ideas y con el pan multiplicado por su poder; descendiendo á la cabaña del pobre, do quier se oia un gemido, ó corria una lágrima, ó habitaba un desgraciado; enseñando desde lo alto de los montes estas divinas palabras: «Bienaventurados los que sufren, los que padecen por la santa causa de la justicia.» Jesús es Dios, que deja en su testamento la verdad, no á una clase social, sino á todos los hombres; que se revela, no á un pueblo, sino á todo el mundo; que no distingue ni enaltece sino al que sufre; que perdona á los arrepentidos y les enseña el camino del cielo; que sufre tambien y derrama lágrimas como bautismo del infortunio, y apura la copa de todos los dolores, y exhala con su último soplo en la Cruz ardoroso suspiro de su alma encendida en amor por los hombres, y funde las cadenas del esclavo, y abre á todos los que padecen y aman las fuentes inagotables de eterna vida en el cielo.

Veamos las ideas fundamentales cristianas. La primer idea, es la idea de Dios, de la cual emanan todas las ideas, como el cielo y el mundo y las estrellas son divinas creaciones; pero la idea

de Dios se revela en la historia moderna por el Verbo, y por el culto, y por la creacion; mas la creacion seria una palabra muerta sin el hombre, y el hombre un sér aislado sin la humanidad, y la humanidad ménos que la creacion sin la libertad, y la libertad un instrumento inútil sin la moral, ley superior, y sin la sociedad; espacio donde se encarna su sér y donde se realiza su vida práctica; y por tanto, veamos la diferencia que hay entre el Oriente y el Cristianismo en considerar á Dios, la Providencia, el Verbo, el culto, la creacion, el hombre, la humanidad, la libertad y la sociedad.

La primer afirmacion de Dios en el Oriente fué: Dios es el sér, y el sér es lo visible, lo tangible; Dios es la naturaleza, Dios no existe en nuestro pensamiento, ni en el cielo; al contrario, Dios es el pensamiento y el cielo. Lo particular, lo contingente, lo individual, todo es Dios. Este es el dios del sentimiento de la humanidad, el dios irreflexivo, el dios ciego. Este dios que es todo el sér, y que parece tan real, concluye siempre en una generalidad abstracta, sin poder y sin vida. Este dios que parece tan general, concluye fraccionándose en infinitos dioses. Mirad cualquiera de las representaciones de esta idea, y vereis como en el fondo no es otra cosa que la apotheosis de la sensacion, la prueba evidente de que el hombre está pegado al pezon de la naturaleza,

y no tiene aún las divinas alas del espíritu. La adoracion se convierte á los objetos.

Examinad todas las manifestaciones de estos dioses. El primer dios, que se encuentra á la cabeza de todas las religiones orientales, Brahama, nace del fondo de los abismos del sér absoluto, y es conducido por el soplo de las ráfagas del viento sobre las aguas envueltas en espesísimas nieblas. Duerme la flor del Lotho, cuyos aromas ayudan á la generacion. Se despierta de su eterno sueño, y vé en el seno de otro sér los gérmenes de todos los objetos, de todos los séres, y los arroja en los desiertos espacios. Pronuncia cuatro palabras, y esas cuatro palabras son los Vedas. Se ensoberbece con su obra, y el Eterno, sér supra-esencial, mayor que Brahama, castiga su orgullo, y le condena á transformarse y pasar por varias organizaciones. Primero es un cuervo que grazna en el ramaje de los árboles y se cierne sobre las grandes guerras para cebarse en las horribles matanzas; despues, para mayor castigo, es un pária hambriento, escondido en una gruta, de la cual sale para caer sobre el caminante que pasa descuidado, y devorarlo; despues ya es un profeta escondido en un bosque, meditando sobre la naturaleza y Dios, y escribiendo sus meditaciones; y por último, es un poeta divino, que en las hojas de los grandes árboles traza las alabanzas del Eterno, hasta que apartado de esta vida mor-

tal y triunfante de estos atroces combates, se levanta sobre los aires, sobre los mundos, y vuelve á ser la imágen del Eterno en el cielo.

Este Dios no puede curarse de todo el universo, de los innumerables séres que se agitan en la vida; extiende sus manos sobre otras muchas divinidades que le rodean. Indra, conducido en las nubes con el rayo en la mano, abre en la rama la flor y madura los frutos. Yama se inclina sobre los abismos y reina en la tempestad, y guia como un ganado los negros espíritus de las tinieblas y de la noche. Agni es el dios del fuego; tiene dos caras, una que representa el fuego creador y otra el fuego destructor, y monta un becerrillo azul con cuernos rojos, que son los dos hermosos matices de las llamas. Varunu es el dios de las aguas, seguido de serpientes, montado en un cocodrilo y ceñida la cabeza por las hojas del Lotho se desliza rápido y sereno sobre las ondas. Careva, el dios de los tesoros, ora recorre la tierra en un caballo blanco, ora se encierra desnudo en su gruta guardada por el agua y por el fuego. Vagú es el espíritu universal, es el aire de la vida que respira todas las cosas. En fin, todas estas divinidades son como troncos desgajados del gran árbol, de Brahama; como fases distintas del gran sér, que lo llena todo, que lo inunda todo, que vive en todo. Así cuando queremos subir con el pensamiento á la esencia de este sér misterioso que

rige el Oriente, nos encontramos una idea que se escapa á la mente, un éther que no puede alcanzar la vista; y cuando descendemos á ver sus manifestaciones, su revelacion, nos encontramos que este sér inmenso se desgaja en múltiples, variadas é infinitas encarnaciones, imágenes de su eterna esencia, de su inmutable sustancia. Mirad si no á Shiva.

En el monte Merú, punto central de la tierra, templo sagrado que reúne el cielo y el mundo, en donde se acuesta de noche el sol y de dia la luna y las estrellas, está Shiva, que ha nacido del sér absoluto, de la luz, del aire; Shiva y su mujer Jhoni, que engendran todos los séres y tienen el círculo de la vida y la muerte en sus manos; Shiva, que diviniza todos los objetos, que tiene dos fases, una de dios creador con el toro á sus plantas y el Lotho en sus manos, arrojando de su frente el agua del cielo, embriagado en un mar de infinitas delicias, signos de la vida, y al par de esta figura tiene la sombría de destructor, que bebe lágrimas y sangre; de cuya boca sale fuego, que lleva un collar de cráneos en la garganta, una serpiente en la cintura, víboras por brazaletes, un monton de cenizas entre sus piés, y á su lado el tigre sangriento, representacion verdadera de la muerte.

Comparad ese dios material con el Dios personal cristiano, eterno, necesario, y necesariamente

libre; perfecto, espiritual; verdad en que beben su sol todas las verdades; hermosura por la cual se modelan todas las formas de la naturaleza; bondad suma, en que encuentra su ideal la ley de nuestra vida; sér que penetra con su providencia todo el mundo, con su revelacion todo el espíritu; inmoble en medio del camino de todo lo contingente; eterno principio en que están como engarzadas las leyes de la naturaleza; norte fijo de todas nuestras acciones; modelo que debemos contemplar siempre, para realizar la perfeccion dentro de las condiciones limitadas de nuestro sér; padre que vela por nosotros en vida y que despues de muertos recoge, para juzgarla segun sus acciones, nuestra alma.

Contemplad conmigo, señores, como el Dios cristiano mueve el espíritu á la perfeccion religiosa y moral. Desde el punto en que sabemos que nuestras buenas ideas, la justicia, la verdad, la bondad, la hermosura han de tener una realidad absoluta, y que esa realidad absoluta está en Dios, nuestra conciencia descansa en la esperanza de que, por grandes que sean nuestros dolores, y por triste nuestra vida, no hemos de estar condenados, si somos virtuosos, á una eterna ceguera; antes en el momento en que las tinieblas de la muerte caigan sobre nuestros ojos carnales, hemos de levantarnos á la verdadera vida, y hemos de ver la inmaculada luz del cielo.

Y si esto consuela en cuanto á nuestro destino allende el sepulcro, no influye menos en nuestro destino aquí en la tierra. El Dios cristiano es un modelo de eterna perfeccion. Es la bondad, la hermosura, la verdad perfecta. Y el hombre aunque en grado limitadísimo, posee tambien la verdad y la bondad y la hermosura, y tiende á realizarlas en la vida por una ley de su naturaleza. Mas ese Dios espiritual, que reúne todas las grandes ideas en su plenitud, en su absoluta incondicionalidad, será siempre á los ojos del alma un modelo de perfeccion indefinida. El sabio no se contentará con la verdad que allegue en un dia; sabiendo que puede acercarse con su razon y su ciencia á Dios, trabajará incansablemente para ver, aunque de lejos, el eterno modelo de verdad, que ha escrito sus glorias con astros luminosos en el espacio, y con luminosas ideas en la conciencia. El artista no se contentará con la pálida hermosura real que le ofrece el mundo. El sol, el cielo, el mar, los campos le parecerán como sombras delante de aquella hermosura ideal que hay en la esencia misteriosa de Dios. El alma del poeta desceñida de la materia, cerniéndose sobre la creacion, se gozará en contemplar arrobada la esencia divina, que le inundará de una inspiracion tal, que el color, la nota escapada de la lira, la palabra, no podrán expresar sino como un reflejo, como un perdido y vano eco. El hombre virtuoso

no se contentará con la virtud estéril y egoista que pasa en un dia sin dejar tras sí ni aun huellas. Enardecido en amor á sus hermanos, viendo una perfeccion ideal siempre ante sus ojos, ansioso de acercarse á ese divino modelo, toda su vida la consagrará á engrandecer, á hermosear por el bien, por la virtud, su alma y el alma de sus semejantes. Y la humanidad toda trabajará progresivamente por ser la imágen de Dios en verdad, bondad y hermosura.

Y como nosotros debemos mirar todos estos dogmas, no solo bajo su aspecto religioso, sino tambien por el prisma de su influencia social, diremos que el dios oriental esclaviza al hombre y el Dios cristiano lo levanta del polvo; el dios oriental lo absorbe, el Dios cristiano consagra su personalidad, la vivifica; la ley de vida del dios oriental es como un freno que detiene al hombre en su imperfeccion primera, la ley de vida del Dios cristiano es un modelo de perfeccion que mueve la actividad á desear siempre nuevas virtudes que abrumen el espíritu; por eso el dios oriental ha reinado sobre la sociedad de las castas, de la servidumbre, y el Dios cristiano reina y reinará eternamente sobre las sociedades de la libertad y del progreso. Examinada la idea de Dios examinemos la Providencia.

No busqueis en Oriente la idea de la Providencia, que es una de las revelaciones del Dios cris-

tiano. Sumergidos los hombres en Dios, son esclavos. El déspota divino que subyuga sus voluntades, ofusca sus conciencias, no conoce ley. La Providencia supone la existencia de Dios distinta de la existencia del mundo, y la existencia del mundo distinta de la existencia del hombre. ¿Cómo era posible que esta idea amaneciese allí donde el hombre y Dios y el mundo estaban mezclados, confundidos como la semilla en la película que la envuelve, como las cosas y sus principios en el primitivo caos? La Providencia supone que el hombre no es miserable y vil esclavo; supone que entre Dios y el hombre existe una ley.

Ese dios oriental informe envuelve toda la conciencia, envuelve todo el espacio. El hombre do quier vuelve los ojos vé á su Dios. Le vé en el relámpago que pasa, en el trueno que retumba atronador desde las nubes, en la tierra, en el insecto mismo que habita en el polvo. Y como Dios es todo, como Dios es un conjunto de impresiones rotas y fraccionadas en el sentido, ese dios oriental no tiene ley, ese dios oriental no puede tener providencia. No así el Dios verdadero de los cristianos. Al crear el mundo, le dió una ley para que se rigiese dentro de esa ley durante el tiempo de su existencia. Al crear al hombre, le dió tambien una ley natural y una ley revelada, para que ajustase á esas leyes su vida y sus acciones. Y así como el dios de Oriente pesa con inmensa

pesadumbre en la vida humana, el Dios del Cristianismo, Dios verdadero y perfecto, se manifiesta amorosamente á sus hijos en la divina ley de su Providencia.

Pero Dios invisible, se hizo visible por medio del Verbo, de su eterno Hijo. Se ha dicho que esta idea de la Encarnacion del Verbo existia en las primitivas religiones orientales. La religion oriental es, ya lo hemos dicho, la religion del sentimiento, la que diviniza las sensaciones. Por consiguiente todas las encarnaciones de esos dioses nacen de dos fuentes: primera de la particularidad, de la individualidad de la sensacion; segunda, de la falta de una ley general que enlace todas esas fraccionadas y rotas impresiones. La necesidad, pues, de representar las impresiones rotas en la sensibilidad, ha dado ocasion en aquellas teogonías á las diferentes formas que toman sus dioses. Vichnú, ora toma la forma de un blanco niño asentado en la hoja de una higuera que flota sobre las aguas, ora sea un pez de mil colores, ora una ancha tortuga que sale de un monte, ora un elefante blanco, armado de tres grandes trompas, ora un Brahaman con el hacha de la destruccion en la mano, ora en la última de sus encarnaciones posibles, un hermoso guerrero, montado en un caballo blanco como la leche, llevando por espada un reluciente cometa; Vichnú representa la divinizacion de las fuerzas de la na-